

EL BIEN Y EL MAL EN LA CULTURA TARAHUMARA

Ma. del Carmen Anzures y Bolaños

Dirección de Etnología y Antropología Social - INAH

INTRODUCCIÓN

Carl S. Lumholtz en su obra, ya clásica, *México Desconocido*, dedica uno de sus dos volúmenes a la vida y cultura de los tarahumares que habitan un segmento de la Sierra Madre Occidental en el hoy estado de Chihuahua. Durante cinco años recorrió Lumholtz esa serranía, conviviendo la vida diaria de tepehuanes, coras, huicholes, purépechas, además de los tarahumares a los que dedicó aproximadamente tres años de sus ricas investigaciones, entre 1890 y 1895.

Apoyado por varias instituciones científicas norteamericanas, entre otras por el National Museum of Natural History of New York, emprendió su tarea con un equipo interdisciplinario, en lo que fue un pionero; en dicho equipo participaron un minerólogo, un lingüista, un botánico, un zoólogo, etcétera. Desgraciadamente, por razones económicas, no pudo continuar todo el tiempo de su investigación con sus colegas de otras disciplinas; se vio obligado a despedirlos y continuar él solo sus recorridos y observaciones, pudiendo así moverse con más libertad.

Los escritos de Lumholtz son extremadamente amenos y veraces. Parecen el traslado de su diario de campo. Constituyen el testimonio fidedigno de un observador acucioso que compartió la cotidianidad de la vida de esas poblaciones montañosas y barranqueñas. Amablemente vivió con ellos, los quiso, los admiró y los respetó. En ninguna parte de sus libros y artículos aparecen seña-

les de etnocentrismo o desprecio, ni tergiversaciones de la realidad. No idealiza, ni utopiza, sino que escarba e indaga para tratar de comprender esas formas de vida, tan distintas y distantes de las de su Noruega natal, y en sus escritos transmite honestamente el resultado de sus hallazgos.¹

Para el tarahumar toda la naturaleza vive. Las plantas, como los animales y minerales, tienen alma, hablan, cantan, se alegran o sufren. En invierno los pinos escarchados lloran y piden al sol que brille y los caliente.² Hay plantas con virtudes curativas que el tarahumar venera y utiliza para su bienestar; pero hay también plantas y animales ponzoñosos que enferman o matan. Toda la naturaleza, terrestre y cósmica, está interrelacionada, y a través de ella se va cumpliendo periódicamente un conjunto de ciclos y ritmos indispensables para la continuación de la vida. Esto lo ejemplifica el tarahumar con este caso: la lluvia no puede obtenerse sin el tescüino; sin el maíz tampoco puede hacerse el tescüino, y sin la lluvia no puede crecer el maíz.³ Todo es interdependiente en la naturaleza, incluido el hombre y sus deidades que necesitan de él para poder subsistir mediante la esencia de las ofrendas y sacrificios que les inmolan. Y aquí encontramos nuevamente un rasgo común en las cosmovisiones mesoamericanas.

El hombre no es, por consiguiente, dueño de la naturaleza, sino partícipe de ella y administrador de la misma. No debe destruirla con un propósito exclusivo de lucro, sino servirse de ella únicamente para la satisfacción de sus necesidades y para los sacrificios con los que honra y asegura la vida divina.

En todo esto ya se vislumbra que el tarahumar, como todos los pueblos del mundo, tiene un sistema de creencias y un código ético que en la actualidad, por múltiples influencias, ha sido modificado en su esquema original. En este trabajo no voy a hacer una exposición de ese paradigma inicial, conformado por cultos astrales y ritos de fertilidad y de fecundidad, sino que voy a circunscribirme a su situación actual en la que aparecen elementos cristia-

¹ LUMHOLTZ, Carl S. *Unknown Mexico*. 2 vols. New York, Charles Scribner's Sons. 1902. Traducción castellana de Balbino Dávalos.

² LUMHOLTZ, *op. cit.*, t. I: cap. XIX.

³ *Ibid.*, cap. XIII.

nos, superficiales o profundos, y también posiciones laicas y aun escépticas.

En este contexto, como en el de todo pueblo, existen dos realidades y dos principios antitéticos: el del bien y el del mal. Según los tiempos y culturas estos principios se han simbolizado de muy diferentes maneras, representándose o encarnándose en diferentes categorías de seres del vasto mundo de la naturaleza: humano, animal, vegetal o mineral; o bien en entidades espirituales, preternaturales, en fuerzas misteriosas e invisibles, o en alguna otra manifestación. A veces se considera a estos seres como una unidad dual que, según la predominancia de su actuación, se ostenta como la fuente del bien o como el causante del mal. En este caso se trata de una misma entidad con un dinamismo doble y opuesto. En otras concepciones no se trata de un solo ser, sino de dos entidades antagónicas e irreductibles entre sí: una esencialmente buena y bienhechora y otra esencialmente mala y dañina.

La conceptualización y la aceptación práctica de estas dos posiciones es un reflejo de los principios que norman la vida y las relaciones que se dan en el mundo sobrenatural, en la esfera del hombre y el resto de la naturaleza, tanto en cada uno de estos ámbitos como entre cada uno y los demás.

Correlativamente a la existencia de estos sistemas reguladores de toda forma de vida se da un sistema de sanciones, punitivas o de recompensa, que están en proporción con el nivel y tipo de transgresión o de acatamiento en el que se haya incurrido, aunque no siempre se haya tenido una conciencia explícita de ello.

Por otra parte hay que caer en la cuenta de que en todo pueblo se da un conocimiento ortodoxo de las creencias asentado en los sabios o letrados de esa cultura, y un conocimiento y religiosidad popular que corresponde a la captación de la gente del mensaje religioso que han recibido. En la Tarahumara sucede lo mismo. Hay tarahumares y gobernadores de ellos que tienen un conocimiento profundo y ortodoxo de su religión ancestral o cristianizada ya, y hay también otros que sólo superficialmente conocen y practican sus tradiciones religiosas. Y todo esto se aplica a las concepciones y precisiones que tengan acerca del bien y del mal y de los seres o fuerzas, naturales o no, a los que atribuyen la bondad o la maldad de lo que acaece en su vida.

He conocido, por ejemplo, a tarahumares y a matachines que

en sus fiestas y danzas se refieren al "santo", sin distinguir si se trata de Jesucristo, de la Virgen o de algún santo en particular. Y conocí, también, a un danzante de *yúmari*, que ya murió y se llamaba Robrika, que era profundamente religioso y místico. En sus danzas de deprecación, de acción de gracias o de perdón, él mismo componía sus plegarias con sorprendente inspiración y, según el caso, se dirigía a Dios Padre, o a Jesucristo o el Espíritu Santo, en sus cánticos y en sus alabanzas.

En este marco de referencia voy a concretizar lo que conozco acerca de lo que los tarahumares piensan del bien y del mal, según lo que he podido ir aprendiendo de ellos en varios periodos de trabajo de campo que he pasado en la Sierra Tarahumara. En síntesis se puede decir que existen entidades del bien y entidades del mal, diferentes entre sí; y entidades ambivalentes o polivalentes, unidades duales, que pueden hacer el bien o causar el mal.

En esta amplia concepción del bien y del mal, y en la atribución de los mismos a uno o distintos seres o fuerzas, pueden intervenir las ideas de un bien como recompensa, de un mal como castigo, o como resultado de imprudencias o desconocimiento de las leyes físicas.

ENTIDADES DEL BIEN

Para el tarahumar coexisten seres esencialmente buenos y seres esencialmente malos, tanto en el mundo sobrenatural como en el variado reino de la naturaleza. No se han catalogado unos y otros, ni se han elaborado estadísticas ni porcentajes al respecto. Es probable que en la mentalidad de este pueblo unos predominen sobre otros, pero en el fondo debe darse un equilibrio de fuerzas que existe en todo el universo y asegura la permanencia y el desarrollo cíclico de toda la naturaleza, incluido el hombre y el mundo sobrenatural.

Respecto a los seres buenos, para el tarahumar cristianizado, aunque sólo lo haya sido superficialmente, entrarían en esta categoría *Onorúame-eyerúame ma* = Dios, el que es padre-madre, incorporando en esta unidad dual añosas creencias compartidas por otras cosmovisiones mesoamericanas, particularmente de los pueblos yutonahuas. Aquí entrarían, también, todos los "santos",

en los que suelen englobar a la Virgen María y a Jesucristo, distinguiéndolo de Onorúame. En sus concepciones pre-cristianas habría más bien unidades duales ambivalentes, de las que trataré después, como *rayénari* —el sol—, *metchá* —la luna— y *chirisópori* —la estrella de la mañana.

En sus creencias autóctonas existieron y existen multitud de seres buenos, hacedores del bien, tanto en la naturaleza visible como en la esfera de lo invisible y preternatural. Son buenos todos aquellos seres de la naturaleza que hacen posible que el tarahumar viva y se desarrolle: el maíz —*shunuku*—, la calabaza —*bachí*—, el chile —*koriki*—, el frijol —*muní*—, y en general todas las plantas y yerbas medicinales o comestibles. De manera similar todos los animales que sirven para el sacrificio a Onorúame o para el sustento y abrigo del hombre. Son buenos, también, todos los espíritus y fuerzas protectoras de la naturaleza y del hombre: los señores de los montes, de la vegetación, de los animales.

Entre esta multitud de seres buenos menciono a unos enanitos, los *éirres*, bienhechores del hombre y del mundo en que vivimos. No se sabe si son homúnculos o muliérculas, pues no tienen sexo, parecen más bien espíritus con apariencia humana pues, a semejanza de Dios, no comen la materialidad de nuestros alimentos, sino la esencia y el aroma de los mismos. Estos enanitos se encuentran en las orillas del mundo terráqueo y tienen como misión, por una parte evitar que la tierra se inunde, echando nuevamente al mar el agua que empieza a rebasar los litorales; y por otra, limpiar la tierra de todas sus inmundicias, para que se conserve próspera y feraz, benéfica para el hombre.⁴

Con esta multitud de seres buenos, que posibilitan la vida sobre la tierra, coexisten en el nivel del hombre los *owirúame*, que son los "hombres rectos", los médicos que previenen la enfermedad y el mal en los humanos, animales y vegetales, o que la curan en los mismos purificándolos de todo vestigio maligno. A este fin utilizan distintas yerbas, aspergean con tesgüino a los cuatro rumbos del universo, musitan diversas oraciones y llevan a cabo los

⁴ GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Luis. *Crónicas de la Sierra Tarahumara*. México, Secretaría de Educación Pública, 1987 (Col. "Cien de México"), 427 p. Ver en el capítulo 19 (pp. 398-412) "Vida y muerte del mundo en el pensamiento tarahumar", la leyenda sobre los hombrecitos que impiden las inundaciones.

rituales que la tradición plurisecular les ha transmitido de generación en generación.

Como podrá apreciarse los tarahumares conceptúan el bien por sectores y niveles o transectorialmente, lo mismo que a los autores de dicho bien. Es decir, se dan bienes en el sector vegetal, animal, mineral, humano y espiritual o trascendente, cuyos hacedores son seres o señores que pertenecen a cada uno de estos niveles, y se dan también bienes que atraviesan los distintos sectores para redundar en último término en el bien y bienestar del hombre. En esta manera de pensar se trasluce la concepción del equilibrio que es necesario para que la vida pueda continuar correctamente. Se da a entender así que el equilibrio es cimiento y condición para el bien, y que el desequilibrio es, por oposición, un factor del mal y en sí mismo dañino.

Conviene, quizá, añadir aquí que el tema del bien y del mal en la cultura tarahumara no ha sido profundizado por ningún historiador o etnógrafo de esta cultura. Sí ha habido muchas afirmaciones etnocentristas al respecto, referidas particularmente a los "vicios" o patología social, como la embriaguez, poligamia, hurtos o pereza, y a la oposición que estas lacras han representado para la profunda cristianización de este pueblo. Pero todo esto ha sido juzgado puritanamente desde puntos de vista ideales de la cultura occidental y desde una perspectiva de la acción misionera, sin considerar el contexto de la estructura social en que se desarrollan y explican tales conductas, y sin una sincera autocrítica del modo impositivo y explicativo con que muchas veces se han acercado a ellos diversos colonizadores en el pasado y en la actualidad.

Lo que aquí se presenta es, pues, un ensayo de aproximación y de interpretación de lo que significan el bien y el mal para los tarahumares. Son concepciones muy profundas, delicadas y difíciles de captar para un extranjero, y que no pueden encasillarse en los moldes de un pensamiento urbano inmensamente alejado del contacto cotidiano con la naturaleza.

LOS SERES DEL MAL

Lo dicho hasta aquí del bien y de sus hacedores, por oposición puede decirse del mal. En efecto, para el tarahumar existe el mal

y los seres malignos, lo cual se da antitéticamente en los mismos niveles y sectores en los que se da el bien. "Los tarahumares tienen una pléyade de seres ctonianos, acuáticos y atmosféricos que les atemorizan y cuya acción nefasta deben neutralizar. Unos son seres invisibles, otros no, los cuales además del miedo cotidiano y ubicuo, les causan enfermedades y aun la misma muerte".⁵

El mal y lo malo es todo lo que se opone a la vida individual y social; a su desarrollo equilibrado y armónico, y a las relaciones del hombre con los demás seres de la naturaleza y con lo sobrenatural. Para el tarahumar existen, por consiguiente, seres malignos en el mundo sobrenatural y en el que vivimos, así como en el espacio cósmico.

Lo malo por excelencia y por naturaleza es el *riablo*, el maligno, llamado en las viejas crónicas misioneras de la colonia *witaru*: el que es mierda, desecho y podredumbre. El primer nombre es cristiano, el segundo netamente autóctono, cuya raíz es la misma que en la lengua náhuatl *cuittlatl* = mierda, "estiércol de hombre", como dice Molina en su vocabulario. En la teología bíblica y cristiana el diablo se constituyó en enemigo de Yahvé al rebelarse contra Él; de un ser de luz se convirtió en un ser de tinieblas y de maldad, opositor irreconciliable de Dios, supremo bien y bondad.⁶ En el pensamiento autóctono tarahumar, *witaru*, el excremento, además de ser considerado como un ser maléfico, el demonio, es también tenido como un animal acuático que asusta a los hombres y a los niños e impide que se alivien cuando enferman.⁷

Le daban también otro nombre, *terégori*, "el de la casa de abajo", como lo atestigua el misionero croata Johann Maria von Rat-

⁵ GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Luis. *Tarahumara. La Sierra y el Hombre*. México, SEP/80-Fondo de Cultura Económica, 1982, 210 p. La referencia está en la p. 111-112.

⁶ En el Apocalipsis, 12: 7-12 se narra la rebelión del diablo contra Dios: "Entonces se entabló una batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles combatieron con la Serpiente. También la Serpiente y sus ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos. Fue arrojada la gran Serpiente, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojada a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con ella (Traducción de la *Biblia de Jerusalén*). Bilbao, Desclée de Brower, 1967. Ver la cita en la p. 1651.

⁷ Las referencias a *witaru* están en BRAMBILA, David. *Diccionario Rarámuri-Castellano*. México, Buena Prensa (1980), 614 p. La alusión al animal acuático está en la p. 608.

kay, en una larga y enjundiosa relación etnográfica de la Tarahumara en 1683, que cita y traduce Luis González Rodríguez,⁸ publicada en 1982. Era considerado "enemigo de los hombres y enemigo de los habitantes de arriba", dios del inframundo que, convertido en lobo, mataba a los hombres. Aparece aquí veladamente una alusión a concepciones antiquísimas acerca de un reino de la muerte.

Así como a los seres benéficos de los cielos supraterrrestres llamaban los tarahumares los *re'pá gatígame* = los moradores de arriba, a los seres de los mundos subterráneos denominaban los *re're gatígame* = los habitantes de abajo, considerados como seres nocivos y malos. Todo esto refleja una concepción del mundo semejante a la cosmovisión mesoamericana. Lo cual se confirma con otros elementos de la mitología tarahumara respecto a la imagen que tenían del mundo, sostenido por cuatro pilares férreos, con varios estratos superiores en los cielos y con pisos inferiores bajo la tierra que flotaba como una inmensa casa sobre las aguas.⁹

En esta polaridad del bien y el mal posiblemente se entremezclan ya influencias cristianas, que nublan o esfuman creencias autóctonas muy remotas, diferentes del infierno y paraíso de la tradición judeo-cristiana.

Bajando de ese nivel supremo del mal existen otras fuerzas y poderes maléficos, invisibles, que se manifiestan de muy diferentes maneras: en la jabalina mortífera de los rayos, en el desencadenamiento de los vientos huracanados y de las tempestades, en los poderes dañinos o letales de los hechiceros —*sukurúames*—, en las virtudes malignas de algunas plantas que envenenan o pueden enloquecer, en minerales con fuerzas destructivas como el *sukiki* o *rushíwari*, o en animales de tierra, agua o mar que dañan al hombre y pueden ser metamorfosis de otros seres del mal.

Para el tarahumar el mundo todo de la naturaleza, aun en sus espacios cósmicos, está poblado de seres buenos y malos y es el escenario de continuas luchas invisibles entre los instrumentos del bien y los del mal. En un vaivén a lo largo de los tiempos, se

⁸ La referencia al *terégori* se encuentra en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1982: 111-112, cuya papeleta bibliográfica está en la nota 5.

⁹ El texto más amplio de esta concepción del mundo, citado en tarahumar y en castellano, se encuentra en GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1987: 402-408. Ver *supra* nota 4.

dan épocas y coyunturas en los que triunfan los seres y las energías de uno u otro signo; pero en realidad se da un equilibrio teledirigido de todos los elementos de la naturaleza, que exige siempre la participación del hombre para neutralizar o desbaratar el mal y para reafirmar el bien.

Menciono algunos ejemplos de los seres considerados por los tarahumares como autores del mal. En primer lugar, después de lo escrito acerca de los habitantes de abajo, en la tierra los más temidos son los hechiceros, conocidos comúnmente como *sukurúame*, y menos frecuentemente como *sipabúame*. En el primer caso la palabra viene de *sukí*, que tienen por una piedra viva y voladora, con la que daña el hechicero, introduciéndola en el cuerpo y acabando con la vida de su víctima. Dicen que el *sukí* es como una chuparrosa que mata a los niños, o como un pajarito llamado *tochapi*.¹⁰ Esta piedra viva, llamada también *rushíwari*, propiedad exclusiva del hechicero, sólo la puede extraer, y curar así al hechizado, el *owirúame* o médico tarahumar. En algunas partes llaman *waníame* = el expulsador, al que sabe y puede curar del mal de *sukiki*.

Según diversos relatos coloniales a los hechiceros no dañaban las flechas envenadas, ni las balas de las escopetas; podían zambullirse en la tierra, como si fuera agua, y reparcer a grandes distancias; tenían poder para alborotar con grandes ruidos a la naturaleza; se transformaban en animales feroces, como osos, lobos o pumas; hacían la tierra estéril o fecunda y podían convertir los alimentos en piedras o viceversa. Y, por supuesto, tenían poder para causar la muerte. Esto se desprende, entre otros, de los escritos de José Pascual (1652), Tomás de Guadalaxara y José Tardá (1676) y del ya citado Ratkay (1683), como puede verse en *Tarahumara. La Sierra y el Hombre*.¹¹

Hace aproximadamente cien años escribía Lumholtz acerca de los hechiceros:

Hay muchas personas malvadas que pretenden poseer poderes sobrenaturales para hacer daño . . . , quienes hacen de la hechicería un

¹⁰ Ver BRAMBILA, *op. cit.*, p. 536-537 y 581 para las palabras relativas a los hechiceros: *sukurúame* y *waníame*.

¹¹ Consultar los textos, aquí sintetizados, en las p. 165, 176-177 y 187.

negocio. El poder del hechicero para hacer el mal es tan grande como la habilidad del buen shaman para curarlo. El hechicero puede raspar su palo con muescas y cantar destrucción y muerte . . . valiéndose del *jikuri* (peyote), de piedras lisas, del cuerpo o de la pierna de algún animal . . . Es cosa terrible, en manos de un hechicero, un colibrí despojado de sus plumas, seco y relleno de pochote . . . El hechicero es temido de todos; las mujeres embarazadas especialmente se apartan de su camino para que no les impida dar a luz.

Cuando los tarahumares ven una estrella fugaz (*goremá*) suponen que es un hechicero muerto que baja para matar a algún hombre que le haya hecho cualquier daño en la vida, y se juntan unos con otros asustados gritando. Cuando la estrella ha pasado, quedan seguros de que alguien ha recibido la muerte y el brujo le está sacando el corazón.

Si alguien ocasiona algún daño a un hechicero poderoso, entra éste después de morir en el cuerpo de un león, jaguar u oso para espíar a su ofensor, hasta que lo sorprende y mata. Se cree también que pueden impedir que llueva.

La muerte del hechicero es terrible. Muchos perros que parecen de fuego, pero que no lo son, van y vienen ladrando: son los malos pensamientos del moribundo. El río por su parte hace mayor estrépito que de costumbre, como si alguien le estuviera echando y echando agua. Ruidos misteriosos y sobrenaturales se escuchan en todos los rincones de la casa, espantando a cuantos ahí se encuentran, de suerte que casi nadie va a ayudarlo a morir, ni a despedirse de él. Los tarahumares cristianos no lo sepultan en el campo santo de la iglesia, sino en alguna remota cueva, enterrando con él todo lo que le pertenece, como su machete, su hacha, y aun objetos pesados que nadie, sin ser hechicero, podría llevarse al cielo.¹²

Se pueden aducir numerosos testimonios a lo largo de casi cuatrocientos años, que confirman la continuidad de estas creencias, como podrá verse en los textos que incluye Luis González R. en su libro *Tarahumara. La Sierra y el Hombre* (véase bibliografía).

Bennett y Zingg publicaron en 1935 el resultado de sus investigaciones en la Sierra Tarahumara. Acerca de la estrella fugaz —*goremá*— escriben lo siguiente, que no contradice el testimonio de Lumholtz:

¹² Ver LUMHOLTZ, *op. cit.*, I: 317.

El *olimá* es un pájaro de color azulado, como del tamaño de un cuervo o de un guajolote. Vive en las montañas y anida en los ojos de agua del río Urique. Algunas gentes lo han visto, y puede ser oído cuando entra al agua con un suave "bum". Captura animales, mata ganado y rapta las almas de la gente, enfermándolos o causándoles la muerte. Este pájaro es identificado con la estrella fugaz. Cuando los tarahumares ven dicha estrella dicen: "ahí va atrapando un alma", dando a entender que el *olimá* ha raptado el alma de alguien y que se va volando con ella. Un tarahumar que duerme con la boca abierta corre peligro de que le rapte su alma el *olimá*.

Los hechiceros tienen estos pájaros y los usan para hacer daño. El dueño de estas aves las puede enviar para que se coman un alma y causen la muerte en tres días.¹³

El tiempo parece que se detuvo hace muchos siglos en la Tarahumara respecto a estas creencias y al temor que siguen infundiendo los hechiceros. Algunos rasgos habrán desaparecido, pero el contenido nuclear permanece en el pensamiento de una gran parte del pueblo, aun de aquellos que, por otra parte, están ya muy mestizados.

Ratkay habla de los *ganoko*-gigantes, que se alimentan de los niños que matan, y de las *uribi*, esposas de los gigantes, que matan también a los niños. Ambas creencias, después de más de tres siglos, continúan vigentes hasta la fecha, con algunas variantes. Al padre David Brambila, conocedor profundo de la lengua y cultura tarahumaras, autor de una gramática rarámuri y de dos diccionarios y numerosos artículos, fallecido en Sisoguichi el pasado mes de mayo de 1991, le contaron que el *uribi* era un monstruo legendario muy bravo; según unos era como un gigante, y para otros era como un animal-hombre, o como una piedra.¹⁴ Y respecto al *ganoko* o gigante escribió que, según los tarahumares, por todas partes andaba robando niños y que se convirtió en un árbol.¹⁵ Estos dos seres eran considerados como una pareja descomunal y mala.

Ratkay (1683) por su parte menciona al *rechaní* o *tetsaní*, también de la clase de los gigantes, cuyas características en cierto mo-

¹³ Las referencias a la estrella fugaz —*goremá*— se encuentran en BENNETT, Wendell C. y Robert M. Zingg. *The Tarahumara. An Indian Tribe of Northern Mexico*. Chicago, The University of Chicago Press, 1935, xx-412 p.

¹⁴ Ver BRAMBILA, *op. cit.*, p. 573 acerca del *uribi*.

¹⁵ *Ibid.*, p. 166 para el *ganóko*.

do coinciden con lo que le contaron a Brambila. Esto escribió Ratkay: "En sus bosques y montañas había unos faunos de gran estatura, como hombres silvestres, a los que llamaban *tetsaní*, los cuales mataban a los transeúntes; a las mujeres de estos faunos llamaban *uribi*, y éstas mataban a los infantes y a los niños".¹⁶

Para proteger a los niños de los malos espíritus todavía se encollara a los pequeños con trocitos de palo mulato —*wasárowa*—, con lo cual están seguros de que los ahuyentan. El *wasárowa*, escribe Brambila, es "para que no se asusten (los niños) en los agujeros, porque es bravísima (la serpiente que vive en ellos) y, si lloran, la serpiente mata a los niños "... " a esos niños les ponen un collar del que se llama palo mulato".¹⁷

Para prevenir, también, la muerte de los niños, los tarahumares dicen que les cortan los sueños, liberándolos así de los malos espíritus y de los malos agüeros. Lo mismo hacen los médicos tarahumares con las madres: "el shaman le cortó los sueños a la madre para que no murieran los niños".¹⁸

A los rayos —*faramú*— siempre han tenido miedo los tarahumares, lo mismo que a los truenos, por la majestuosidad y fuerza que manifiestan en las tempestades y por los árboles y humanos que han visto fulminados. Pero antiguamente creían, no sé si ahora también, que mataban a los niños por no habérselos ofrecido al nacer. Joseph Neumann es el más explícito en señalar estas creencias a fines del siglo XVII.¹⁹

Estos cuantos ejemplos pueden ilustrar al lector acerca de algunos conceptos, realidades y simbolización del bien y del mal en el ámbito de la cultura tarahumara.

LOS SERES AMBIVALENTES O POLIVALENTES

Hasta aquí he tratado de dos categorías de seres y de fuerzas directamente vinculadas al bien o al mal. Sin embargo, queda una tercera clase de entidades que pueden considerarse como unidades

¹⁶ Ver GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1982: 186.

¹⁷ La cita del *wasárowa* está en BRAMBILA, *op. cit.*, p. 584.

¹⁸ Lo escrito acerca de "cortar los sueños" está en BRAMBILA, *ibid.*, p. 476.

¹⁹ Ver GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1982: 196 en donde cita el texto de Joseph Neumann acerca de los rayos.

duales, es decir con una doble actuación: o hacia el bien o hacia el mal. Y no es de extrañar este fenómeno, ya que la cultura y lengua tarahumara pertenece a la gran familia yuto-náhuatl, en donde abundan las manifestaciones de la dualidad en todos los órdenes, desde la dualidad suprema en la esfera divina hasta los niveles intermedios e inferiores.

Esto significa que una gran parte de los seres de la creación gozan de esa doble cualidad, al igual que el hombre: pueden hacer el bien, pero también pueden causar el mal. Ignoro cuál haya sido el pensamiento tarahumar original respecto a si creían en uno o varios dioses, y si eran ambivalentes o no. La mayoría de los autores coloniales, particularmente religiosos, aseguran que no eran idólatras los tarahumares, pero afirmaban que tenían al sol y a la luna como dioses, y que veneraban igualmente a la estrella de la mañana. A ellos consideraban como seres buenos, pero también podían causar el mal.

El sol ilumina, calienta, divide el día de la noche, propicia la germinación de las semillas, es necesario y bueno para toda especie de vida sobre la tierra. Pero también puede quemar la vegetación y calcinar al hombre. Todavía en la actualidad se oye que en alguna ocasión, como castigo "Dios envió al sol que pasara más abajo, para que quemara a aquellos tarahumares perversos".²⁰

La luna es también buena, alumbrada de noche, orienta al caminante, pero provoca las tempestades y los oleajes del océano. La lluvia es indispensable para la vegetación, para la cocción de los alimentos y para asegurar la vida del hombre y de los animales. Es propicia si cae a tiempo y en la cantidad requerida, pero puede ser mala si cae en exceso, si destruye e inunda los sembradíos y las chozas del hombre.

Los vientos en el verano refrescan, pero los cierzos congelan y los huracanes producen catástrofes y matan. El fuego controlado sirve para el hogar, pero el incendio carboniza y aniquila. Y así podrían irse pasando en revista multitud de seres y de fuerzas que tienen un aspecto positivo y otro negativo, uno bueno y otro perjudicial. Y así con toda naturalidad, los considera el tarahumar. Aunque ignore muchas leyes de la naturaleza, formuladas como

²⁰ BRAMBILA, *op. cit.*, p. 150 reproduce el texto del sol que baja para quemar a los mortales.

tales, sabe que todo obedece a un equilibrio fundamental, en el que intervienen fuerzas superiores que no dependen de él, con las que coopera la acción humana y de otros elementos de la naturaleza. Y sabe, también, que en algunos casos el desequilibrio y el mal consecuente se debe primordialmente a la acción desafortada del hombre, como lo hacen ver varias de sus leyendas contemporáneas.

ABSTRACT

The raramuri people believe that the whole nature is alive. In tarahumara culture all things are good or evil: animals, minerals, plants, human beings, the extraterrestrial world and the different kinds of gods and spirits. Nevertheless many of them are both: good and evil and their different attitude appears in the good or evil results, according to an invisible and universal law of balance which governs the whole world and all the creatures which are upon it.

All these concepts and realities are illustrated in the worldview of the tarahumara people of Chihuahua, Mexico.